

LA HIGIENE Y LA MEDICINA SOCIALES

por el Dr. Alfonso Pruneda

Aun cuando el cuidado y la conservación de la salud son preocupaciones que la humanidad ha tenido desde su origen, no es sino en los últimos tiempos cuando la higiene ha alcanzado su mayor esplendor. No son ya las autoridades sanitarias quienes se preocupan únicamente de estos asuntos. Los médicos omnipráticos (según la acertada designación alemana) se convencen más y más de que la medicina preventiva debe ser una de sus importantes actividades; los individuos, educados mejor en cuestiones de salubridad, se convierten en factores activos de ésta, y la comunidad en general, interesada como nunca en conseguir el mayor bienestar posible, se esfuerza en dar a las cuestiones higiénicas el lugar que les corresponde.

Siendo, como son, incontables los progresos de la Medicina en los últimos treinta años, los que ha realizado la Higiene exceden probablemente en importancia a todos los demás. Las enfermedades transmisibles son objeto de campañas inteligentes y eficaces; la mortalidad infantil disminuye en todo el mundo; padecimientos que se creían irremediables y sobre todo inevitables, como las cardiopatías, las nefropatías y otros, están siendo motivo de preocupación preventiva; las habitaciones se han transformado con ventaja; la industria se va saneando positivamente; las grandes organizaciones internacionales, como la Sociedad de Naciones, ponen sus valiosos elementos al servicio de la salubridad del mundo y, en resumen, las condiciones de vida de la humanidad van progresando indiscutiblemente, merced a la importancia que se ha dado en los últimos tiempos a la conservación y a la mejoría del ser humano.

La situación sería por completo halagadora si no la ensombrecieran las condiciones económicas y el malestar social que de ellas resultan. Sin embargo, aun estos mismos desastres se han visto en lo posible mitigados, y seguramente llegarán a remediarse, merced a la colaboración inteligente de los médicos, en particular de los higienistas, que están aportando a la resolución de angustiosos problemas el valor de su riqueza científica y la fuerza de su conciencia social.

Quizá en el desarrollo de esta conciencia, tanto o más que en la magnitud y calidad del adelanto científico y técnico de la higiene, está el secreto de sus progresos y, sobre todo, la explicación de los beneficios que ha producido y seguirá produciendo a la humanidad. Porque si la medicina en general, precisamente porque su objeto es el hombre, es de las disciplinas científicas más específicamente sociales, este carácter singulariza patentemente a la que tiene por objeto la conservación de la salud y la prolongación de la existencia, es decir, la Higiene.

Esta rama fecunda de la Medicina, este miembro prominente de la familia médica y, por consecuencia, de la estirpe biológica, tiene singulares privilegios. En ella, como tal vez en ninguna otra de sus congéneres, se destaca el doble carácter de ciencia y de arte. De ciencia, porque nos sirve para investigar y para conocer, entre otras cosas importantes, las condiciones de vida del hombre y los diversos factores que deben mantenerse o modificarse para que sean posibles la salud y el bienestar: de arte, porque con esas sólidas bases, nos permite realizar lo que el conocimiento científico aconseja como más adecuado a la conservación de esos valiosos elementos humanos.

En esta doble tarea, la Higiene cuenta con relaciones muy extensas, que le permiten vincularse a disciplinas muy variadas y le dan mayor fuerza y alcance. Como su finalidad específica es el hombre, necesita forzosamente tener en cuenta su organización y su funcionamiento, que no podrían cuidarse como es debido si no se les conociera de igual modo: de ahí su firme apoyo en la biología y, con especialidad, en la anatomía y en la fisiología. Y a través de ellas, cómo se relaciona con la física y la química; con ésta sobre todo, no sólo porque la vida no es en suma sino una serie de fenómenos químicos, sino también porque en el medio que nos rodea existe multitud de factores de esa índole que pueden dañarla. Precisamente porque nuestra vida (y por ende su conservación) es función del medio ambiente, la Higiene necesita no perder de vista todo cuanto a él se refiere, y así se explica que esté ligada a la geografía en sus diversos aspectos: físico, biológico, político, económico y social. Y naturalmente, no son menores sus relaciones, ni menos importantes, con las demás ramas de la Medicina. Si hasta hace muy poco, se distinguía la medicina llamada "preventiva" de la medicina curativa, en la actualidad se tiende más y más a no hacer esa distinción, porque con justicia se piensa que en toda actividad médi-

ca, incluyendo la quirúrgica, existe siempre algo de labor preventiva, es decir, higiénica.

Un médico inglés eminente, Newmann, en un importante estudio sobre "La Enseñanza de la Medicina en Inglaterra" (1) dice con razón: "Si queremos indicaciones más precisas, busquemoslas en las respuestas que hay que dar a las preguntas que hace todo enfermo: 1a. ¿Qué tengo? Este es el diagnóstico.—2a. ¿Podéis curarme y en cuánto tiempo? Se habla entonces del tratamiento y del pronóstico.—3a. ¿Por qué me he puesto enfermo? Esta pregunta es del resorte de la etiología.—4a. ¿Cómo puedo preservarme en el porvenir? Henos aquí en el dominio de la **prevención**". Y agrega: "la experiencia adquirida demuestra que el tratamiento y la prevención se mezclan inevitablemente uno al otro y, lejos de separarse, tienden a fundirse en una unidad"; por lo que, al pedir algunas reformas a la enseñanza de la Medicina, añade que "siendo la **prevención** el objeto final de toda medicina y cirugía prácticas, el conjunto del programa de estudios debería estar impregnado del espíritu preventivo e inspirarse en él en todas sus ramas."

La Higiene tiene, además, relaciones con otras disciplinas culturales, que le sirven para realizar algunas de sus más importantes actividades o en cuyo desarrollo influye cada vez con más provecho. Así, por ejemplo, campañas como la del paludismo y la de la peste, serían imposibles sin el auxilio de la ingeniería, que realiza obras de desecación en la primera y construye muros "a prueba de rata" en la segunda. Y, viceversa, la ingeniería y la arquitectura han evolucionado notablemente en los últimos tiempos, para que las construcciones, privadas o públicas, estén más de acuerdo con las necesidades vitales de los individuos y de las colectividades. Una gran parte de las labores de la higiene industrial está a cargo de la ingeniería, y muchas de las máquinas están siendo inventadas o adaptadas de tal modo que no sean peligrosas para el obrero.

La sociología, la economía, la misma política, están vinculadas estrechamente a la Higiene. Las condiciones de vida de las sociedades humanas, su grado de civilización y los recursos de que disponen, influyen poderosamente en la salud de sus componentes; en ocasiones provocan circunstancias francamente nocivas, que no pueden remediarse con facilidad porque en el fondo de ellas existen situaciones sociales

(1) Bulletin Trimestriel de l'Organization d'Hygiene de la Société des Nations. Ginebra. Vol. I, No. 1, marzo de 1932.

arraigadas. En cambio, si las condiciones del proletariado han mejorado considerablemente en tesis general, ello se debe especialmente a la influencia decisiva que han tenido las exigencias de la Higiene. El Pacto de Versalles, que en muchos aspectos no ha logrado la paz del mundo, incluyó en su ordenamiento un convenio formal para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, merced sobre todo a los esfuerzos de la Higiene. De igual manera, la jurisprudencia contemporánea se ha visto influenciada por esta clase de consideraciones y lo mismo el derecho industrial que el derecho penal, inspiran sus normas en el estudio científico del hombre y se preocupan porque sus preceptos no tengan sólo carácter curativo sino se esfuerzan también en hacer labor preventiva. La misma educación ha cambiado por completo en los últimos tiempos, merced a la colaboración de la Higiene, que ya no interviene solamente en la construcción de los edificios escolares y en otras minucias propias de lo que se denomina higiene escolar, sino que, con un sentido social más amplio, contribuye a conservar la salud de los educandos, por medio de los exámenes médicos periódicos, el estudio psicotécnico, las prácticas de educación higiénica, el uso de los campos de juego, la formación racional de los planes de estudio y de los programas, la implantación adecuada de los métodos de enseñanza y de trabajo escolar, la distribución cuidadosa del tiempo, la atención profiláctica y curativa de los anormales, etc., etc. Las proyecciones sociales de la higiene, como dice un distinguido especialista argentino, el doctor Tonina (1), son cada vez mayores y de mayor trascendencia y la Higiene, que no es propiamente sino una rama de los conocimientos médicos, merece ser considerada también, sin temor a errar, como una rama de las ciencias sociales. Así son de estrechas sus relaciones con los problemas de esa índole y tan grandes son las influencias bienhechoras que en su resolución puede tener.

Esta interdependencia de los problemas higiénicos y de los problemas sociales, esta progresiva **socialización** de la higiene, explica sin duda muchos de sus progresos, que se han realizado para proveer a las necesidades sociales más imperiosas; y da igualmente la clave de los que han efectuado las ciencias sociales en algunos dominios, porque han tenido que irse adaptando de igual modo para llenar las ne-

(1) La Higiene y sus Proyecciones Sociales. *La Semana Médica Argentina*. Buenos Aires. Agosto 18 de 1932. Págs. 448 y siguientes.

cesidades que la Higiene va creando. El desarrollo de la conciencia social, por otra parte, en las autoridades, en los médicos, en los gremios y en los ciudadanos en general, debe considerarse también uno de los factores decisivos en el progreso de la preservación de la salud; aun cuando en realidad esta "socialización" no se ha limitado exclusivamente, en la eMdicina, al campo de la Higiene. Por ello, como se verá después, se tiende en la actualidad a fundir el concepto de lo que se ha llamado higiene social en el más comprensivo y de mayor trascendencia, de la medicina social.

Conocidas son las divisiones de la Higiene. La Higiene es **personal** si se refiere a los cuidados que cada uno puede y debe tener para conservar su propia salud; cuidados que a él compete realizar exclusivamente y que redundan de modo principal en provecho del mismo individuo; por eso se habla también entonces, de higiene **individual**. Cuando las medidas que se implantan no interesan principalmente a quien las realiza en provecho suyo, sino tienen alcance más amplio, porque tratan de beneficiar a toda la colectividad, la higiene se vuelve **colectiva**. En este caso, el interés del individuo se subordina al del grupo y éste, por medio de sus representantes, que son las autoridades, dicta y hace ejecutar las providencias que habrán de servir para conservar la salud, conseguir el bienestar y evitar la enfermedad de todos, no de uno solo.

A esta higiene han llamado algunos **pública**, oponiendo este vocablo al de privada; pero parece más conveniente reservar esa designación al conjunto de conocimientos y de medidas que sirven principalmente para mejorar las condiciones del medio. Con este criterio, la higiene pública se subdivide en **higiene urbana** e **higiene rural**, ya que son estos medios, la ciudad y el campo, los que imprimen sello especial a las condiciones de vida de los respectivos habitantes. Por su parte, la higiene colectiva comprende el estudio y la atención de los diversos grupos sociales que beneficia: higiene doméstica, escolar, industrial u obrera, militar, etc. Cada una de estas subdivisiones implica, dentro de los datos generales de la especie humana, problemas peculiares y resoluciones especiales, que les dan una individualidad bien definida.

En todas las circunstancias en que la higiene se ocupa de los intereses colectivos parece evidente su carácter **social**; pero hay algunas por las que se reserva este calificativo a un campo de actividades, el de la higiene social, que progresivamente va definiéndose. ¿Cuáles

son estas condiciones? Desde luego, se trata de fenómenos que dependen fundamentalmente de la vida social; que forman parte integrante de ella. Son resultado de la situación económica y de la actividad profesional; de los recursos de que se dispone y de la clase de trabajo que se realiza; de las comodidades e incomodidades que se tienen; de la alimentación y de los descansos que permiten el salario que se disfruta; en suma, son las diversas condiciones características de la "clase social", que tanto influye para que la vida que llevan sus componentes no sea siempre compatible con la salud, con el bienestar y con la felicidad.

Condiciones que no dependen de cada uno de los individuos, sino que resultan del estado social del grupo; que son comunes, por lo mismo, a gran número de personas; cuyos efectos nocivos se extienden más o menos; que aminoran el valor económico de las familias, su capacidad productora y su poder adquisitivo; que, al inutilizar a los individuos que las forman, restan a la colectividad elementos valiosos y que, a la larga, hacen bajar considerablemente, en todos sus aspectos, el valor de la comunidad en general. Son, en suma, **males sociales**; dolorosos, por su modo de ser; extensos, por la cantidad de individuos que los sufren; peligrosos, por el daño que causan a estos y a la colectividad; difíciles de remediar, por su extensión y la índole de sus causas; pero que, por todo esto, merecen y necesitan ser combatidos.

¿Cómo ha de ser la lucha que contra ellos se emprenda? Adecuada a la clase y a la extensión de los males que van a ser su objeto. Variada en sus procedimientos y única en sus tendencias y en el espíritu que las anime. Tenaz en sus propósitos e inteligente en sus fundamentos. Animada de un impulso profundamente humano y de justiciera comprensión. Capaz de corregir, desde luego, las penosas consecuencias del mal, pero susceptible también de remediar las causas que lo produzcan. Lucha curativa, pero también preventiva; que estudie con el mayor detalle las condiciones de todo orden (biológicas, geográficas, médicas, sociales, económicas y políticas) que expliquen la situación; que busque para cada una de ellas los remedios más propicios y que encuentre a su servicio todas las voluntades y todos los entusiasmos. Obra de ciencia y de conciencia; de pensamiento y de acción, pero también de corazón. Y, como uno de sus esenciales caracteres, obra eminentemente social; que no puede estar a cargo de unos cuantos; que busca la cooperación de todos, pero re-

quiere, necesaria y justificadamente, la vigilancia, la intervención y la dirección del Estado; que en ocasiones, hará a un lado, porque así sea preciso, los intereses individuales, y que deberá contar siempre y en todas las circunstancias con la ayuda entusiasta de los médicos, de los educadores y de los demás entendidos en asuntos sociales.

La higiene social no tiene ya una actividad restringida; no se ocupa solamente de las enfermedades venéreas, como por algún tiempo sucedió en los Estados Unidos de América, donde tanto impulso recibiera; tampoco limita su actividad a ellas y a las otras llamadas enfermedades sociales o populares (alcoholismo, tuberculosis); ni siquiera se conforma con extender su acción hasta ocuparse del cáncer y de las narcomanías. Todo esto, por sus orígenes, por sus estragos y por los métodos y recursos de combate que exige, está perfectamente dentro de su dominio; pero éste se ha ampliado con otras muchas condiciones, ligadas también con la organización social defectuosa, que requieren solícita y urgente atención.

La decadencia de la población y de la raza; la mortalidad infantil; la alimentación insuficiente; las malas condiciones del trabajo; las enfermedades transmisibles que resultan fundamentalmente de las condiciones sociales; la pobreza fisiológica que las mismas originan: las consecuencias penosas de la migración mal planeada; las de la falta de empleo; la prostitución; la enagenación mental, etc., todos son males cuyo estudio y prevención corresponden plenamente a la higiene social, considerada en toda la amplitud que le corresponde en la vida contemporánea. No se ocupa, en consecuencia, solamente de prevenir enfermedades; y cuando hace esto, es porque ellas tienen como dice Grotjan (1), los siguientes caracteres: "frecuencia, generalización, condiciones sociales; influencia de estas condiciones en la aparición, la gravedad, la evolución, la duración, etc., de la enfermedad; influencia de ésta sobre las condiciones sociales; insuficiencia de las medidas individuales; necesidad de las medidas colectivas; medidas de higiene social (educación, saneamiento del medio social, etc.)" La higiene social tiene mayor dominio, en el que actúa con especial criterio. Como dice Tonina (en el artículo citado): "La higiene social considera al hombre, no como individuo aislado, sino como elemento social, co-

(1) Citado por Carozzi. Doit-on systematiser la medecine sociale? *Bruxelles Medical*. Número 48. 25 de septiembre de 1932.

mo molécula del cuerpo social, donde vive, donde trabaja, donde funda la familia.”

La higiene social es pues distinta de las otras ramas de la higiene. Distinta por su modo de ser; por sus problemas; por la manera de considerarlos; por la técnica especial con que los aborda y los combate. No puede confundirse con ninguna de aquéllas. Si en ocasiones tienen puntos de contacto u objetivos que parecen comunes, la diferenciación se establece inmediatamente por el carácter **específicamente social** del origen, aspectos y perjuicios de los males que se trata de evitar y por el mismo carácter social de los procedimientos que para ello se utilizan.

Considerada así la higiene social, conviene ahora precisar qué relaciones tiene con lo que hoy se llama **Medicina Social** y resolver si es mejor aceptar exclusivamente este término y abandonar el otro o, lo que todavía sería preferible, si no es más adecuado considerar la higiene social como una rama de la medicina social. Todo esto nos servirá para despejar el campo de estas actividades y para darnos cuenta, con mayor claridad, de la importancia y trascendencia que tienen estos asuntos en la vida contemporánea.

Ya dije que, con mucha razón, se tiende ahora a reunir en el concepto único de medicina el aspecto preventivo y el curativo. La vida profesional (ya se habrá advertido que el presente estudio tiene una finalidad más bien práctica que teórica) ofrece ocasiones muy frecuentes en que el médico debe poner en juego esas dos clases de actividades: curar y prevenir. Desde hace mucho tiempo, se habla de “tratamiento” higiénico. La terapéutica de las enfermedades transmisibles, además de lograr la curación del paciente y evitarle complicaciones y recaídas, lo hace inofensivo para los demás. En la cirugía hay muchas intervenciones con las que se previene, no sólo la repetición de las molestias y peligros que las motivaron, sino también otras que pueden ser mayores. En otra ocasión, en esta misma Academia, hablé de lo que el médico práctico puede y debe hacer en asuntos higiénicos (1); sin que con ello se trate de que desaparezca ni amignore la función específica del médico higienista, ni mucho menos las del que consagra todo su tiempo o la mayor parte de él al servicio público de salubridad; por el contrario, la obra que a éste corresponde

(1) El Médico y la Salubridad. “Gaceta Médica de México”. T. LXII. Pág. 304.

como funcionario, se ve completada y nunca estorbada por el que dedica su actividad al ejercicio profesional.

Las mismas consideraciones pueden hacerse a propósito de la medicina social. Algunas de las prácticas con que el médico colabora con la autoridad sanitaria caen, precisamente, dentro del dominio de aquella. Hay en éste, sobre todo, muchas circunstancias en que las medidas preventivas y las curativas se asocian y otras en que las primeras tienen conjuntamente el carácter de las segundas. No hay, pues, necesidad de deslindar artificialmente los campos de acción de la higiene y de la medicina sociales, ni mucho menos pensar (como alguna vez se ha hecho) que puede haber antagonismo entre ellos. Por lo contrario, desde el punto de vista de la doctrina como desde el de la técnica, existen indudables ventajas en considerar a la primera de estas disciplinas médicas comprendida en la segunda y, por otra parte, al hacerlo así, se da a la medicina social el papel y la importancia que de hecho le corresponden.

¿Cuál es el objeto de la Medicina Social? Exactamente el mismo que hemos visto asignado a la higiene social: los males que se derivan, exclusiva o fundamentalmente, de las condiciones sociales, y que por eso se denominan males sociales. Para algunos, sólo merecerían este nombre los que afligen a los grupos de condición inferior; entonces, la medicina social sería, como dice Carozzi en el artículo citado: "La ciencia que estudia las condiciones de vida, de higiene y de salud de los grupos o de las clases económicamente inferiores, en sus relaciones con la organización social, origen lejano de todas las enfermedades". Y si se considera que entre esos grupos el más importante quizás en la vida moderna, es el de trabajadores, la medicina social se confundiría con la medicina del trabajo, con la medicina industrial. Pero, en rigor, los males sociales, más graves y más extendidos en las clases desheredadas de la sociedad y en las clases laborantes (obreros y campesinos), no se limitan a ellas. La sífilis y el alcoholismo no son patrimonio de los pobres. Hay lacras como el mismo alcoholismo, la prostitución, la enagenación mental y las narcomanías, que no son exclusivas de una clase social. Muchos sufrimientos individuales y colectivos pueden ser considerados como el desquite o la contrapartida de la civilización y del progreso. Además, el conjunto social, la comunidad en general, tienen que sufrir (como de hecho sufre) las consecuencias del padecer de algunos de los grupos que lo constituyen. Por eso, si la medicina social, como la higiene del mis-

mo nombre, se preocupa muy especialmente de los males que sufren, precisamente por la defectuosa organización social, los grupos que forman las clases inferiores, no debe descuidar los que, por el mismo origen, ataquen a otras mejor dotadas social y económicamente.

Lo característico de la higiene como de la medicina sociales, según se ha dicho, es que el mal que se trata de prevenir y de curar, es un mal social, es decir, que deriva de las condiciones de la vida social; que interesa a uno o varios grupos sociales; que repercute más o menos en toda la comunidad; que, en ocasiones, llega en sus efectos a otras generaciones y se convierte en un mal de la raza y que, por todo esto, requiere procedimientos y medidas colectivas, eminentemente sociales.

Si la medicina social va a ocuparse de estos males, no sólo para prevenir su aparición y desarrollo, sino para aliviar o hacer desaparecer sus consecuencias, le es preciso antes que nada estudiarlos y, para ello, le es indispensable contar (como a la higiene social) con el auxilio de otras ciencias: de la sociología, primero que ninguna; de la economía política; de la misma política; de la jurisprudencia; de la educación; de la geografía; de la estadística; en suma, de todas aquellas disciplinas que pueden aportarle el conocimiento de las causas y de la génesis, así como la explicación social de los fenómenos, que constituyen el mal social por atacar, como la medicina general que, después de conocer las causas de las enfermedades, estudia sus manifestaciones y su evolución. Con estos datos, que en rigor pueden llamarse de etiología, patogénesis y clínica sociales, habrá lugar para establecer las medidas preventivas y curativas que la situación requiera y, con tal objeto, la medicina social echará mano de la técnica respectiva que, así como en la medicina general, estará formada por el diagnóstico social, la profilaxis social y la terapéutica social. Los males que van a combatirse habrán de ser estudiados así con el debido rigor científico y, en tal investigación, cuidadosa y metódica, encontrarán su mejor apoyo las medidas preventivas y curativas correspondientes.

Algunas de estas medidas, de indudable carácter médico o higiénico, quedarán en manos de los funcionarios y de las instituciones que tienen esas finalidades y, por supuesto, de los médicos y de sus auxiliares (estudiantes, enfermeras, parteras); quienes deben tener para ello no sólo la preparación profesional ordinaria, sino también la especial que exige el carácter social de esta rama de la medicina. Otras medidas estarán reservadas a instituciones de otra índole (de beneficencia).

cia y de asistencia social; escuelas especiales; reformatorios, tribunales para menores, etc.), y a funcionarios y profesionistas expertos en cuestiones sociales o cuya actividad está más en contacto con ellas (sociólogos, abogados, jurisconsultos, jueces, sacerdotes, trabajadores o asistentes sociales, etc.) Pero aun en estos casos, los médicos bien preparados deberán intervenir con sus luces y con su experiencia, como será necesario también que presten su contingente para la elaboración de las leyes y demás disposiciones que tiendan a mejorar las condiciones sociales o a prevenir o remediar sus consecuencias. La importancia y trascendencia de estos asuntos es de tal magnitud, que existe ya una recíproca influencia: la medicina social recibe la de las diversas ciencias sociales; pero también está capacitada para influir en el desarrollo y la aplicación de aquellas. Esta influencia recíproca es, en suma, una real cooperación.

Conviene puntualizar que, si algunos de los males que son el objeto de la higiene y de la medicina sociales, son enfermedades propiamente dichas, como la sífilis, la tuberculosis, las afecciones venéreas y las profesionales, etc., otros no tienen sus caracteres. Se trata, entonces, de verdaderos padecimientos del cuerpo social, del organismo colectivo, que, por las condiciones actuales, ha visto perturbado su equilibrio, desarregladas sus funciones y vueltas anormales sus reacciones ante el medio; como resultado de todo lo cual, los componentes de ese organismo, es decir, los miembros de la sociedad y, en particular, los de los grupos más sufrientes, experimentan las consecuencias de tamaño desarreglo. A este grupo de males pertenecen, verbigracia: el pauperismo, la desorganización doméstica, los problemas de los sin trabajo y de los repatriados; la mortalidad infantil; la prostitución y sus correlativos, la trata de blancas y el proxenetismo; el trabajo indebido: de niños, de mujeres embarazadas o dedicadas a labores nocivas, etc.

En tales circunstancias, algunas de ellas particularmente graves, existen problemas verdaderamente médicos, de prevención o de curación, que no deben abordarse solamente con el punto de vista estrictamente profesional que se usa en la práctica diaria. Su origen, su desarrollo y sus consecuencias exigen de los médicos que a ellos se dediquen una actitud francamente social; humana en el más amplio sentido de la palabra; comprensiva y llena de simpatía; atenta a todos los aspectos de la situación; capaz de encontrar sus variados y, a las veces, complejos antecedentes, y apta, por lo mismo, para for-

mular o aconsejar los remedios acertados, médicos o no médicos. Pero también hay, en esos casos de verdaderas dolencias sociales, de enfermedades del organismo social, otras circunstancias cuya resolución escapa a la ciencia y al arte propiamente médicos, porque son más estrictamente sociales. Incumben entonces a otros profesionistas y a otras instituciones de índole distinta; son del dominio de los economistas, de los abogados, de los jueces, de los sacerdotes, etc. Se atienden en los asilos, en los reformatorios, en las escuelas especiales, en los institutos de orientación o de reeducación profesional; van dejando muchas de ellas de estar en manos de la "caridad" ciega, sectaria, poco o nada inteligente, cuando no humillante, para pasar a las de la asistencia social, comprensiva, liberal, que entiende lo que hace como servicio y no como limosna. En todos estos casos, sin embargo, la medicina social interviene con su consejo, con su ilustración, con su criterio científico y especialmente biológico; contribuye también con normas racionales de conducta y con orientaciones adecuadas, nacidas de la experiencia que da el diario contacto con el sufrimiento humano; y los médicos y sus auxiliares, que por su profesión eminentemente social saben ya mucho de sociología práctica, aportan con sus personales cualidades, la experiencia única que, por lo menos a una imponente mayoría, da el trato cotidiano con la pobreza y con la desgracia.

Importantes como son, en alto grado, todos estos problemas, sociales, higiénicos y propiamente médicos, que se han señalado como del dominio de la medicina social, existen todavía otros, también de trascendencia, que entran dentro de sus actividades y completan admirablemente su radio de acción. Desde luego, deben mencionarse los que se ventilan en diversas instituciones sociales que han ido desarrollándose como resultado de la crisis que ha sufrido la organización social, como consecuencia de la lucha de clases y como resultado de la intervención del Estado, más y más socialista, en la resolución de estas cuestiones. A este grupo corresponden las numerosas cajas de seguros sociales, especialmente de enfermedad, que en muchos países están haciendo cambiar competamente el trabajo de los médicos; las todavía más numerosas corporaciones obreras y campesinas, cuya actividad está modificando también de modo radical las relaciones de sus componentes con el gremio médico; las variadas instituciones de asistencia social, por las cuales van substituyéndose con gran ventaja para la comunidad las arcaicas organizaciones de beneficencia y cari-

dad; y tantas otras nuevas instituciones, en las que se va solicitando, cuando no imponiendo, más y más, la intervención de la medicina social y, por lo mismo, la de los médicos que la cultivan.

Por otra parte, el mismo gremio médico ha tenido que irse adaptando a estas nuevas condiciones; en primer lugar, para prestar sus servicios en las diversas actividades de la higiene y de la medicina sociales, en las numerosas especialidades que han ido apareciendo (peritos en higiene infantil y en higiene del trabajo; jueces de tribunales para menores; funcionarios de los departamentos de previsión social; médicos de dispensarios, etc.). Y después, para organizarse y tomar posición en la lucha social, defendiendo sus intereses profesionales en diversas formas; constituyendo sindicatos médicos, asociándose en cooperativas de producción y de ejercicio profesional; fijando las reglas de la ética profesional y cuidando de su cumplimiento; señalando las normas de sus relaciones con la clientela y con el Estado; fijando debidamente los límites naturales del ejercicio de la enfermería y de la obstetricia; tratando de evitar la plétora estudiantil en las facultades de medicina y las demás circunstancias que explican el proletariado profesional; proponiendo las reformas que deban hacerse a los planes de estudios secundarios, preparatorios y universitarios de médico cirujano, a fin de adaptarlos a las nuevas condiciones sociales; combatiendo el charlatanismo de los no titulados y de los titulados, etc., etc.

La medicina social tiene, además, un aspecto educativo de verdadera importancia. Muchos de los males que afligen a la sociedad podrían disminuir o desaparecer si sus componentes supieran siquiera lo más indispensable en materia de higiene (cuidado de la salud personal y de la de la familia; atenciones a los niños; profilaxis de las enfermedades transmisibles, etc.), y, sobre todo, si estuvieran educados de tal modo que hicieran en verdad lo que hubieran aprendido. Por eso, las autoridades sanitarias, cuando están bien penetradas de su función social, dan a esta obra de propaganda y educación higiénicas un preferente lugar; y por medio de folletos, cuadros murales, proyecciones fijas y cinematográficas, pequeños cursos, etc., hacen llegar a todos los interesados los conocimientos más urgentes.

Esta labor, que nunca debiera ser descuidada, ha de ser secundaria por el médico de cabecera, que aproveche cuantas ocasiones se le presenten para dar a sus clientes y a sus familiares, apropiados consejos; por los que presten sus servicios en las instituciones a donde acude la gente en demanda de salud; por los maestros de escuela, que

están llamados a ser, después de los médicos, los mejores propagandistas de la higiene; por los patrones y por los funcionarios de las diversas agrupaciones, interesados en que sus empleados y sus asociados se instruyan y eduquen en estos asuntos, y, en general, por todos los que, de un modo o de otro, sean responsables del bienestar de un grupo o puedan contribuir a él. A esta propaganda educativa en favor de la salud, debe sumarse la que se haga, por las instituciones más capacitadas, de los hechos sociales y económicos (organización, trabajo, salarios, presupuestos, economía general y especialmente doméstica, etc.), cuyo conocimiento, siquiera elemental, puede ser de positiva utilidad.

La misma difusión debe darse, en general, al conocimiento de todo cuanto sirva para ayudar a la realización de los fines de la medicina social. El público necesita saber a qué instituciones puede y debe acudir en busca de atención y auxilio y cuáles son los fines de cada una de ellas. Los médicos están obligados a conocer lo mejor que puedan los principales problemas sociales, en cuya solución están llamados a intervenir tarde o temprano, y a estar al tanto de lo que a ese respecto se hace en los demás países. La Universidad, por su parte, debe dar cabida en sus cátedras a esta clase de asuntos y fomentar su investigación. Mientras más se generalice el conocimiento de estas cuestiones, mayor interés habrá por ellas y mayor capacidad para encontrarles la solución más conveniente.

Integrada con todos esos elementos, la Medicina Social tiene un radio de acción mucho más amplio y más trascendente que el de la higiene del mismo nombre. No sólo se ocupa de conocer los males que se derivan de la defectuosa organización social, de estudiarlos en sus diversos aspectos, de formular las medidas que deben ponerse en juego para prevenirlos y para evitar sus consecuencias. Extendiéndose más allá del campo preventivo, procura remediar dichos males; interviene en la organización y en el funcionamiento de las instituciones que de ello se encargan; da nuevas y eficaces normas a la asistencia social; aconseja a los sociólogos y a los legisladores y, cada vez con más provecho y eficacia, hace sentir en los diversos sectores de la comunidad su bienhechor influjo. Resultados semejantes no podrían ser alcanzados si los médicos, percatados, también más y más del lugar que les corresponde en este movimiento, de sus posibilidades de trabajo y de sus deberes y responsabilidades hacia la colectividad, no perfeccionaran su preparación profesional y no procuraran ponerla al servicio de

los intereses sociales (como afortunadamente lo van haciendo), sin olvidar igualmente que es de justicia definir y fortalecer su situación gremial. Fines tan importantes y recursos tan valiosos, hacen comprender el alcance de la medicina social y explican la importancia tan grande que se le da en la época contemporánea.

La Medicina, dando pruebas de extraordinaria vitalidad, evoluciona sin cesar. Sus progresos incesantes la hacen adaptarse con singular eficacia a las múltiples necesidades de la Humanidad. En cada época, pone al servicio de ésta inapreciables recursos y, no conforme con aliviar el dolor y restaurar la salud, evita la enfermedad, acrecienta el bienestar y prolonga la existencia. Pendiente constantemente de los progresos de las demás ciencias, los aprovecha para la realización de sus altruistas fines y, a su vez, facilita dichos adelantos con sus constantes esfuerzos en pro de la gran familia humana.

Esta obra única está en manos de los médicos que, también con singular oportunidad, van poniendo su ciencia y su experiencia, su voluntad y su corazón, al servicio de fines tan elevados. Unos, investigan en el sosegado recinto del laboratorio; otros, acuden solícitos a la cabecera del enfermo; los demás, defienden a la comunidad; pero todos son cruzados de causa nobilísima y ninguno de ellos juzga que la parte que le corresponde en esa brega es superior o inferior a las de sus colegas. Todos **sirven** a la Sociedad y, mientras mejor lo hagan, mejor será también el lugar que ella les asigne y la consideración que les tenga.

México, 10. de febrero de 1933.

Año del Centenario de la Facultad de Medicina.

COMENTARIOS

Dr. Tomás G. Perrín.—Felicitó al doctor Pruneda que, a mi juicio, se ha revelado una vez más, como un competente higienista. En trabajos de esta índole, vemos a la Academia acercarse al pueblo, ya que en ello se ocupa del bienestar social desde el punto de vista físico, como otros deberán hacerlo desde los puntos de vista económico y moral. Considero pues, de verdadera trascendencia, el estudio del señor doctor Pruneda.

RESUME

Parmi les grands progres de la médecine pendant les 30 dernieres années, ceux de l'Hygiene surpassent probablement tous les autres en importance; par la collaboration des médecins et des hygiénistes et a la suite du développement de la conscience sociale, les conditions de vie de l'humanité ont amélioré, en ce qui se réfere a l'individu et en ce qui intéresse la collectivité.

L'Hygiene, science et art qui prend l'homme comme finalité spécifique, est liée avec diverses disciplines en connexion avec la constitution et le fonctionnement de l'organisme dans son état de santé et de maladie; avec ceux du milieu, soit en son aspect physique et les moyens de le modifier pour le bénéfice de l'homme, soit en son aspect social et les conditions qui pour divers motifs, économiques, politiques, etc., provoquent des circonstances mauvaises pour lui; ou bien qui l'aident dans son but, avec ceux qui traitent des themes divers, éducationnels, scolaires, légaux, etc., de l'interdépendance desquels se dérive une socialisation de l'hygiene qui nous conduit au concept de plus grande transcendance de la médecine sociale.

Si quand l'intérêt collectif apparait, le caractere social de l'Hygiene apparait également, on réserve le nom d'Hygiene sociale a un champ d'activités se référant a des phénomènes dependant de la vie sociale et qui constituent les caractéristiques de la "classe sociale".

Dans ce sens il va plus loin que les maladies sociales, alcoolisme, etc., et touche les problèmes de dépopulation, mortalité infantile, etc., considère l'homme comme une molécule du corps social, et forme une branche spéciale de l'Hygiene par ses problèmes, sa façon de les considérer et de les combattre.

L'Hygiene sociale admise de cette façon, fait partie de la Médecine sociale, qui prend en considération non seulement les classes abandonnées et travailleuses, vu qu'il y a un déséquilibre qui s'étend a tous.

La Médecine sociale s'occupe de prévenir et guérir des maux qui sont sociaux, qui sont, a l'occasion, des maux de race, et pour cela elle a besoin du concours de sciences qui expliquent les causes et la genese du mal, la sociologie, l'éducation, etc., les statistiques, la médecine, etc., pour étudier ses manifestations et son évolution et appliquer, apres cela, la prophylaxie et la thérapeutique sociales, au moyen des médecins, des sociologues, des avocats, des pretres, etc., car si dans quelques cas on parle de maladies individuelles, dans d'autres il s'agira de maladies du corps social, telles que le paupérisme, le désorganisation domestique, etc., ou bien de problèmes discutés dans les institutions sociales qui se sont développés comme conséquence de la crise soufferte par l'organisation sociale.

Ajoutez a cela l'aspect éducatif dans lequel les individus peuvent apporter une si grande aide, spécialement les médecins, les professeurs, etc., et les associations, et l'on comprendra le rayon d'action plus ample et transcendantal de la Médecine sociale que celui de l'Hygiene sociale.

Tel est le résumé de l'étude que le Dr. Pruneda présente d'une façon méthodique et avec une claire vision du sujet dont il s'agit.

SUMMARY

Amongst the great progress of Medicine during the last 30 years, those of Hygiene probably exceed all others in importance. With the cooperation of physicians and hygienists, and helped by the development of the social conscience, mankind life conditions have improved, in whatever refers to the individual or to the interests of the collectivity.

Hygiene, a science and art that has mankind as a specific finality, is bound to several disciplines in connection with the constitution and the function of the organism in its state of health or of illness; with those that study the medium either in its physical aspect and the way of modifying same in man's benefit, or in its social aspect and the conditions that for different economical, political, etc., reasons, provoke injurious circumstances for man; or else those that help in its purpose, with those that refer to different educational, scholar, legal, etc., matters, from whose interdependence derives a socialization of hygiene that leads to the concept of greater transcendence of the "social medicine".

If, when the collective interest comes in, the social character of hygiene also appears, the name of "social hygiene" is applied to a field of activities referring to a phenomenon depending from the social life, and which, within same, constitutes the characteristics of the "social class".

In this sense, it goes farther than the social diseases, alcoholism, etc., and reaches the problems of depopulation, children mortality, etc.; it considers man as a molecule of the social body, and forms a special branch of hygiene, by his problems, his own way of considering and fighting the same.

Social Hygiene, being so understood, is part of the social medicine that takes into consideration, not only the poor and working classes, since there is a disequilibrium extending to all.

The Social Medicine purpose is the prevention and cure of diseases that are social, which in some cases are racial evils and, for this reason, it requires the concurrence of sciences that explain the causes and origin of the evil: sociology, education, etc., statistics, medicine, etc., to study its manifestations and its evolution and apply afterwards the social prophylaxy and therapeutics, through the physicians, sociologists, lawyers, clergymen, etc., since if, in some cases, it is spoken of individual diseases, in some other cases it will be referred to evils of the social body, such as pauperism, domestic disorganization, etc., or else problems that are discussed in social institutions developed as a consequence of the crisis suffered by the social organization.

And to this the educational aspect in which the individuals may give much assistance, especially physicians, teachers, etc., and also associations, and it will be understood that the field of action of Social Medicine is greater and more transcendental than that of Social Hygiene.

This is the summary of Dr. Pruneda's work, developed in a very methodical way with a clear vision of his subject.